

Nuevas tecnologías, cultura y globalización

Ana María Spadafora (Argentina)

Introducción

No cabe duda que uno de los aspectos mas comprometidos del actual desarrollo científico y tecnológico es el impacto que las nuevas tecnologías (NT) y especialmente las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) suscitan en la cultura. Su poder transformador puede constatare en el hecho de que, aún cuando existe un largo camino desde el invento de los primeros telégrafos hasta el desarrollo de Internet, todas estas innovaciones generaron acalorados debates intelectuales y políticos en los contextos sociales en que emergieron. Así, a mediados del siglo XIX, el funcionamiento del primer telégrafo opuso la euforia de muchos a la cautela de otros como Thoreau quien afirmaba: "Nos damos mucha prisa para construir un telégrafo entre Maine y Texas, tal vez, no tienen nada importante que decirse" (Reggini, 1997).

Hoy día, dichos debates (que bien podrían encuadrarse dentro del género de las utopías y antiutopías literarias) pueden, a grandes líneas, sintetizarse en dos posturas. Las primeras guardan cierto parentesco con la concepción decimonónica del progreso y, a estas alturas, pecan por su sospechoso simplismo optimista en la medida que desatienden las consecuencias morales, éticas y sociales de sus usos.

Las segundas, basándose en las no pocas utilidades "regresivas" de la ciencia y la técnica, especialmente durante el siglo XX, efectúan una seria crítica a la ideología tecnocrática que permea la sociedad actual y a las consecuencias culturales que su desarrollo acarrea. Algunas de ellas, con una fuerte tendencia a hipostasiar una suerte de destino trágico donde la ciencia y la técnica-potenciando los efectos uniformadores del proceso globalizador, vendrían a socavar las facultades críticas y creativas del ser humano.

VVAA (1999) *La dinámica global/local : cultura y comunicación : nuevos desafíos*
Ed. LA CRUJIA CICCUS. España

CAPÍTULO 6 LA AUDIOVISUALIDAD

Nuestro punto de vista es que aún cuando el desarrollo de las nuevas tecnologías contribuye a formalizar ciertas tendencias homogenizadoras del proceso globalizador, dichos procesos no son ni tan consistentes ni tan unívocos como aparecen a primera vista, en la medida que centros y periferias se alcanzan mutua y simultáneamente en forma compleja y dinámica, tal como demuestran algunos movimientos actuales que hacen de los medios de comunicación, Internet y la arena política internacional un espacio para la disputa y negociación. Por último, aún cuando las nuevas tecnologías cambian la manera de relacionarnos con el mundo, modificando nuestras clásicas nociones de espacio y tiempo, resulta dudoso que el proceso de información en marcha nos lleve -como creen algunos- a una desmaterialización del mundo en que vivimos, así como es difícil que la realidad virtual termine por reemplazar nuestra condición más o menos tosca de seres sensitivos.

Desarrollo tecnológico y optimismo decimonónico

El desarrollo de la ciencia y la técnica tuvo -y tiene- un papel más que central en aquello que hoy día denominamos globalización y que encuentra su puntapié inicial en la extensión a escala planetaria de la cultura europea que se inicia en el siglo XVI. De hecho, ambas operaron como la contra cara de la ideología del progreso indefinido hacia la razón que encontraba en la "civilización" su punto culminante.

Apuntando a destacar su valor moral, Szvampa (1997) distingue dos sentidos de civilización que tienen lugar desde el siglo XVIII. El primero, la asocia a la idea de progreso y guarda un profundo parentesco con el evolucionismo, funda una filosofía de la historia que ve en la civilización un valor que otorga un sentido al pasado, al tiempo que predica un destino inevitable. Un segundo sentido liga a la noción de civilización su reverso, la barbarie. En el siglo XVIII barbarie es utilizada tanto para indicar un estado anterior como para designar la alteridad. En tal sentido bárbaro es un vocablo que no solamente define sino que califica al Otro, estigmatizándolo desde un espacio donde la civilización actúa como valor legítimo.

Asentándose en esa filosofía de la historia, a lo largo del siglo XIX y especialmente a fines de este, el etnocentrismo permea una política colonial en cuyo nombre las diferentes potencias europeas se autoinvestirán de una misión civilizadora sobre los pueblos juzgados menos evolucionados. De ahí en más, los pueblos "primitivos" se constituirán en el *alter ego* de la civilización occidental.

En esta construcción del Otro los cazadores-recolectores, tanto por el rudimento de sus técnicas como por su condición nómada,

se tornarán el arquetipo de la alteridad en la medida que constituyen la mejor expresión de la humanidad despojada de sus adornos tecnológicos. De hecho, su conceptualización como sociedades viviendo "al borde de la escasez", impregnaba los relatos de viajeros y etnógrafos del siglo XIX, que tendían a ver en el nomadismo una forma de vida inferior a la agricultura entendiendo -erróneamente- que esta marcaba el punto de inflexión por excelencia en la evolución de la humanidad. Así, el siglo XIX (y buena parte del XX) asentándose en lo que Sahlins (1983) denominara "*prejuicio neolítico*" pensó que las sociedades menos avanzadas eran controladas por la naturaleza mientras que las sociedades agricultoras *controlaban* la naturaleza.

Hoy día sabemos que no existe una correlación esquemática entre el grado de desarrollo tecnológico de una sociedad y una determinada forma de organización sociopolítica, tal como demuestra la inmensa variabilidad y complejidad que existe en grupos cazadores recolectores los que, en muchos casos, alternan la caza y recolección con períodos de cultivo (Siffredi y Spadafora, 1998).

Esta tendencia a ver a los grupos primitivos como grupos "carentes de" agricultura y tecnología adecuada es complementaria de su consideración como sociedades de pensamiento "preicónico". Actitudes como estas aparecen en las memorias de navegantes y viajeros del siglo XIX en la que se habla de espejitos regalados a los aborígenes con el fin de ganarse su amistad. En dichos relatos, el éxito que provocan estos regalos entre los indios se explica por el hecho de que los indígenas tenían por primera vez la oportunidad de ver su propia imagen reflejada. Por el contrario, Maldonado (1994) sostiene que el entusiasmo respondía a la fascinación por un objeto que tenía las mismas propiedades reflectantes de la superficie del agua en calma. En otras palabras, la admiración de los indígenas era técnica, no perceptiva pues no existen las culturas sin ningún tipo de experiencia con la imagen. Por otra parte, esta concepción -que presupone que la máxima fidelidad descriptiva garantiza por sí solo el reconocimiento del objeto representado- no explica por qué imágenes de escasa fidelidad descriptiva no constituyen de por sí un obstáculo para reconocer algo.

De esta manera, los cazadores-recolectores se ubicaban en la base de la escala evolutiva primero porque tenían pocas pertenencias y segundo porque eran intelectualmente incapaces para desarrollar la tecnología necesaria que permitiera una existencia sedentaria. La falsa oposición excluyente entre caza-recolección y agricultura por un lado y barbarie y civilización por el otro, ligando a esta última el beneficio del desarrollo tecnológico -lo que le permitiría

obtener tiempo para el ocio y por tanto, para "crear cultura" - desconoce que una tecnología solo es exitosa en la medida que se liga a los deseos, objetivos y valores de una sociedad. En tal sentido, el grado de desarrollo tecnológico de una sociedad deberá verse como el resultado de elecciones culturales que operan creativamente sobre los condicionamientos ambientales.

A decir verdad, no se trata de negar la realidad de un progreso de la humanidad sino de concebirlo en su justa medida. A tal respecto hace ya tiempo Lévi-Strauss (1983) señalaba que "*la humanidad en progreso no se parece en nada a un personaje subiendo una escalera, añadiendo a cada uno de sus movimientos un peldaño a los ya conquistados. Mas bien recuerda al jugador cuya suerte esta repartida entre varios dados, lo que gana con uno siempre se corre el riesgo de perderlo con otro y solo de vez en cuando la historia se vuelve acumulativa, es decir: las cuentas se suman para formar una combinación favorable*".

La experiencia moderna invita, pues, a concebir con mayor prudencia la necesidad de un progreso indefinido, al tiempo que nos compele a repensar críticamente el papel de la ciencia y la técnica en el proceso de expansión de la cultura Occidental. Así, la conformación de los Estados-Nación durante el siglo XIX sólo pudo transformarse en una realidad gracias al desarrollo de sistemas de comunicación como el telégrafo eléctrico que permitió -como decía Sarmiento- concretar el sueño de "*unir la tierra con un alambre*" (Reggini, 1996), erradicando la "barbarie" que alejaba a la América de su destino elevado en la "civilización".

No menos importante es el impacto que la celeridad y característica de los diversos cambios tecnológicos tienen sobre la cultura y que van mucho más allá de su simple expresión tecnológica. Nos referimos a las transformaciones en la manera de representar el mundo que tuvieron innovaciones como por ejemplo, el surgimiento del libro portátil en Venecia durante el Renacimiento. Rada (1998) señala que el mismo suscitó debates semejantes a las actuales críticas a Internet, en la medida que las autoridades veían en él un riesgo a la integridad de la Iglesia y un deterioro de la calidad de producción de los clásicos medievales. Asimismo, mientras que el nacimiento de la "telegrafía sin hilo" -como se denominaba a la radio a principios de siglo- redefine el campo de la oralidad volviéndola un fenómeno de masas, la aparición del teléfono en 1876, varió rutinas comunes de la vida e incluso jugó un papel decisivo en la conformación del nuevo orden mundial.

Más importante aún fue la invención del telégrafo eléctrico a mediados del siglo XIX, primer medio que rompe la conexión histórica entre transporte y comunicación al eliminar el tiempo y el espacio

como determinantes de la comunicación humana e inaugurar la experiencia de simultaneidad e instantaneidad de los acontecimientos. En tal sentido la experiencia que inauguran las llamadas "nuevas tecnologías" y particularmente las de la información y la comunicación, son, sin lugar a dudas, de índole radicalmente diferente a la que vive el siglo XVI, en la medida que modifican cualitativamente el carácter de la comunicación y de la experiencia humana.

Qué son las "nuevas" tecnologías

Las nuevas tecnologías son "nuevas" sustancialmente porque nacieron después de la Segunda Guerra Mundial y desde entonces se ha acelerado su desarrollo, con consecuencias de magnitud y trascendencia sin antecedentes. Ferraro (1998) propone una clasificación en tres categorías: *las biotecnologías (B)*, *las tecnologías de nuevos materiales (NM)* y por último, *las tecnologías de la información y comunicación (TIC)*.

Las *biotecnologías* no constituyen una disciplina en particular sino que se articulan alrededor de varias. Sus orígenes se remontan a decenas de siglos cuando el hombre aprendió a usar microorganismos para producir, por ejemplo, pan o cerveza y convertir la leche en yoghurt o queso. Pero la revolución biotecnológica comenzó en los '70 cuando se descubrió como alterar, con precisión, la constitución genética de los organismos vivos. Ferraro pone un ejemplo, por demás escalofriante e inútil, pero demostrativo del poder de la ciencia y que consiste en que se puede transferir material genético de una luciérnaga (o bicho de luz) a una planta de tabaco, con lo que se obtiene una planta que emite luz.

La expresión *nuevos materiales* refiere a los nuevos productos y procesos que tienen la característica de ser preconcebidos, esto es, diseñados para satisfacer alguna necesidad de la que se han determinado los requerimientos y luego, se fabrican gracias al desarrollo de la tecnología de los materiales ya no sobre la base de conocimientos de tipo empírico, como sucede con la mayor parte de los materiales tradicionales. Así, por ejemplo, a la electrónica se ha incorporado la fibra óptica, cristales líquidos o, a las tecnologías ambientales los plásticos biodegradables.

Por último, las *tecnologías de la información y la comunicación* cubren un variado conjunto que abarca desde las primeras telecomunicaciones (como los telégrafos) hasta la microelectrónica, el software y la informática. Con excepción de las primeras telecomunicaciones, los desarrollos ulteriores están basados en tecnologías electrónicas y usan el mismo lenguaje: la señal digital.

Mientras que en los años '50 los procesos de computación y comunicación eran considerados como distintos e independientes, paulatinamente comenzó a modificarse este punto de vista y una nueva percepción de los procesos da lugar a una terminología y concepción unificadas. Así, por ejemplo surgen términos que intentan señalar la convergencia del campo de las computadoras y las comunicaciones como "comunicaciones" y "telemática", campos cuyo desarrollo se debe al sistema digital. Hoy día, la convergencia de componentes electrónicos, computadoras, telecomunicaciones, electrónica profesional y de consumo y sus servicios relacionados caracteriza lo que se llama el "sector de la información" que incluye la creación, el procesamiento y la transmisión de señales.

En tal sentido, la revolución de las comunicaciones, permite una difusión de la información a velocidades sin precedentes. En 1988 comenzó a operar el primer cable telefónico de fibra óptica que cruza el Atlántico, con capacidad para transmitir 40.000 llamadas al mismo tiempo y superando en tres veces la posibilidad de llamadas a través de cables de cobre. En 1989 otro cable fue puesto en servicio a través del Pacífico para unir a los EE.UU. y Japón. Esto implica un cambio estremecedor en las comunicaciones pues un cable solo puede conducir mas de 8.000 conversaciones en comparación con uno de cobre que es capaz de transmitir solo 48. En cuanto al mercado televisivo, la serie Dallas puede verse en 90 países diferentes y en 1983 los Tuareg, grupo nómada del Sahara, detuvo su marcha por diez días para asistir al final de la serie (Sonntag y Arenas, 1996).

Si el vertiginoso desarrollo de la ciencia y la tecnología no puede desligarse de la experiencia histórica de la extensión a escala planetaria de la cultura occidental, experiencias como las de Hiroshima terminaron con muchas de las ilusiones decimonónicas que entendían que su solo desarrollo daría nacimiento a una sociedad virtuosa y civilizada. Hoy día, esa ilusión parece desvanecerse y las sucesivas guerras que pueblan la "ecúmene global" cubren las potencialidades benéficas de la ciencia y la técnica con un manto de sangre donde el horror y la incertidumbre se levantan sobre el fantasma, por primera vez en la historia, de la posibilidad real de autodestrucción de la especie humana.

Las TIC, Cultura y Globalización

Lo que diferencia al proceso que se inicia en el siglo XVI con la extensión a escala planetaria de la cultura europea y aquello que - más allá de sus múltiples definiciones- acordamos en llamar globalización es la *intensidad* con que ella ocurre. Tal vez la mayor

novedad de la globalización sea su *velocidad*, tan extrema que permite que aquello que llevó al cristianismo dos milenios, hoy día cueste a las sectas pentecostales apenas una pocas décadas, *velocidad* tan extrema que hace que no exista ningún fenómeno cultural al margen de su representación audiovisual. No existe de hecho, "ninguna manifestación religiosa, ningún viaje ni ninguna alocución del papa, ninguna difusión organizada de los cultos judío, cristiano o musulmán ya sean o no fundamentalistas sin cultura digital, avión a reacción y TV" (Vattimo, 1997: 89).

Si el éter de la religión ha sido siempre hospitalario de una cierta virtualidad espectral -por lo que hoy día no debe llamar la atención que en un "ciberespacio" digitalizado, se "cederromizen" hasta los signos de la presencia en el misterio eucarístico- es porque entre otras cosas, la modernidad tecnocientífica no se opone tan inocentemente a la religión (Spadafora, 1998). Es por eso que para Vattimo (ibid) no existen grandes diferencias entre globalización y "mundialatinización", extraña alianza del cristianismo, como experiencia de la muerte de Dios y del capitalismo tecnocientífico.

En la misma sintonía Virilio (1997) dirá que, imperdonablemente, el mismo idealismo que ha provocado los estragos del siglo XX reaparece bajo la forma de una nueva utopía que pretende hacernos creer que la globalización -técnica mediante- traerá un mayor sentido humano y felicidad: "A causa de dos siglos de revolución industrial y científica, la eliminación del dios de la trascendencia y del monoteísmo ha conducido a la puesta en órbita de un *deux ex machina*. Dios-máquina de la información, después de haber sido Dios-máquina de la energía atómica. No podemos hacer como si fuéramos no creyentes. De ahora en adelante tendremos que escoger un credo. O bien creemos en la tecnociencia -convirtiéndonos entonces en partidarios del integrismo técnico- o bien creemos en el dios de la trascendencia. Pretender ser ateo es una ilusión. Los ateos, hoy en día, son los devotos del dios-máquina" (Virilio, ibid: 89).

Como la "cercanía" no elimina la frontera (a lo sumo levanta una nueva) en este proceso de *aceleración máxima* la mayor cantidad de información conlleva una mayor intensidad de estereotipos hasta llegar al punto que la realidad es sustituida por el famoso simulacro de Baudrillard. Esta tendencia a producir imágenes destinadas a ser experimentadas como más reales que lo real mismo, -como dice Maldonado (1997: 19)- "es una verdadera industria de lo maravilloso" propia de la civilización occidental. Guarda relación con un proceso de desarrollo tecnológico de representación del mundo visible que lleva cinco siglos. Así, el descubrimiento de la representación en perspectiva del espacio tridimensional en el siglo XV condujo a

producir imágenes cada vez más fieles a la realidad, tal como confirmó el posterior surgimiento de la fotografía, el cine, la televisión y más recientemente, la holografía.

Pero el Islam no es el islamismo, tal como nos hacen creer aquellos que tienen el poder como para producir imágenes que exorcizan al Otro, aquellos que tienen en sus manos la posibilidad de internacionalizar ciertos conflictos y ocultar otros (Spadafora, 1998). Y es qué, mas allá de qué entendamos por conceptos tan manipulados como globalización o localización, lo que parece estar claro es que cada uno de ellos entraña poder y capital diferentes y desiguales, o dicho en otros términos, *lo global, globaliza y localiza selectivamente* (Briones et al., 1996).

Sumado a este poder diferencial que entraña el interjuego globalización-localización, lo que por otra parte parecen introducir los debates sobre la globalización no son (como oportunamente señalara Guber -1997- a propósito de los desafíos disciplinares de la antropología) intentos por superar análisis aislacionistas de las "culturas" y las "sociedades" concebidas como totalidades fuera del mundo (algo que, a estas alturas, suena parroquial)- sino más bien el "descentramiento y aceleración de los procesos propios del capitalismo de acumulación flexible, que obligan a reconsiderar los parámetros temporales espaciales en que se encuadran la vida de las personas" (Guber, ibid: 140).

Poder, aceleración y modificación del espacio y tiempo se constituyen así en el nudo que permite explicar el compromiso entre occidente, desarrollo tecnológico y proceso de globalización. Si -como dijimos- la importancia del telégrafo eléctrico se debe a que es el primer medio que rompe la conexión histórica entre transporte y comunicación, al eliminar el tiempo y el espacio como determinantes de la comunicación humana e inaugurar la experiencia de simultaneidad e instantaneidad de los acontecimientos, la celeridad y posibilidades que brindan las nuevas TIC llevan dicha experiencia a un extremo, generando la sensación de estrechez del mundo y rompiendo con los parámetros tradicionales de percepción del espacio y del tiempo.

Virilio (1998) sostendrá que la velocidad es la clave para explicar el poder, en la medida que la historia de occidente es la historia de la riqueza y la riqueza no puede concebirse sin la celeridad. Aún así, cabe marcar diferencias. Mientras que los siglos XIX y XX vivieron la historia dentro de un tiempo local, el actual desarrollo de las nuevas TIC pone en práctica una nueva condición de la comunicación humana que es la capacidad para conectarse en "tiempo real".

Con este cambio queda inaugurado un tiempo que nos compromete a todos, un "tiempo mundial" que afecta nuestro espacio y modifica

nuestra relación con el mundo. Para Virilio, ello traerá como contrapartida la pérdida de extensión del espacio real, un "atentado a la realidad" del que surge el perpetuo presente, pura actualidad o *news*.

Pero el autor va mas lejos todavía. Si el "accidente" es la cara oculta del progreso técnico y científico, y a cada invento le corresponde su *accidente*-si al inventar el ascensor eliminamos la escalera, si al inventar el barco, inventamos el naufragio- las nuevas TIC actualizan, por primera vez en la historia el peligro de un accidente no ya particular sino mundial. "*Todos los objetos técnicos, sean cuales sean inauguran accidentes específicos, locales y ubicados en el tiempo y en el espacio. El Titanic se hundió en un sitio, el tren descarrilaba en otro. Pero nosotros hemos creado, a través de la interactividad, las redes y la globalización que provoca la revolución de las transmisiones, la posibilidad de un accidente, no ya particular sino general*" (Virilio, ibid: 20).

El ojo crítico de Virilio es, sin lugar a dudas, mas que bienvenido para un mundo donde (como él mismo dice) desde el fin de la Segunda Guerra Mundial -que a los ojos de hoy en día es "local"- carga con el temor [real] del fin del mundo y donde la relación entre el nacimiento de las nuevas TIC y el complejo militar-industrial es mucho más que una simple casualidad.

Su pesimismo lo lleva a afirmaciones que, sin embargo, cabe reflexionar pues pecan de un cierto eurocentrismo. Por una parte está el hecho de que aun cuando las nuevas TIC inauguren el tiempo real, resulta dudoso que, tal como están las cosas, ello vaya a remplazar tan fácilmente la vida cotidiana de la gente. De hecho, en este preciso momento, el 65 % de los hogares del mundo carecen de servicios telefónicos y todavía hoy la mitad de los habitantes del mundo nunca ha hecho una llamada telefónica. En Islandia hay mas usuarios de Internet que en toda Africa (UIT, 1998) y a pesar de la reducción de tarifas para las llamadas internacionales, el 90 % de las llamadas telefónicas que se producen en nuestro país siguen siendo locales.

En tal sentido, acordamos con Rada (ibid) en que la globalización parece confirmar la tautología de que, al menos por el momento, "*la gente vive donde vive*". Así como no existen fundamentos para sostener que el tiempo real terminaría por eliminar el "tiempo histórico" condenándonos a en un presente perpetuo, tampoco es muy cierto que el "espacio virtual" venga a suplantar, como plantea Virilio, el "espacio físico" transformándonos en espectros que vagan por la pantalla.

Su postura se inscribe en algunas de las especulaciones actuales sobre la ciencia y la técnica del siglo XXI que sostienen que el impacto de las tecnologías (informática, telecomunicación, etc.) llevaría a un progresivo rebajamiento de la materialidad del mundo.

o sea que los objetos serán remplazados por procesos y servicios cada vez más inmateriales.

Maldonado (ibid) sostiene con razón que la teoría de la "desmaterialización del mundo" presupone la existencia de una sustancia -la materia- cuya materialidad podría verse afectada. Se olvida así que: "*nuestra relación de la experiencia individual y colectiva con el carácter físico del mundo no puede anularse con un golpe de varita mas o menos mágica.*" Pues "*guste o no nos guste estamos condenados, como todos los seres vivos, a contar con nuestro carácter físico y con el carácter físico del ambiente*". No hay manera de eludir el vínculo físico, no hay manera de escapar a "*la exigencia elemental y demasado tosca e ingenua, de querer siempre y de todas maneras tocar con la mano las cosas de este mundo*" (ibid: 19). Por otra parte, es discutible que se defina como inmaterial a un programa de ordenador como el *software* ya que este es ante todo una tecnología, o sea, un instrumento cognoscitivo que de manera directa o indirecta genera cambios de tipo material.

Por último, la tendencia a ver en la tecnología el origen de todos los males de nuestro tiempo, oculta aquello mismo que pretende desmascarar: el carácter netamente político de sus usos. De esta manera, desvincula de su responsabilidad a aquellos que la implementan y oscurece las potencialidades para quienes la usan.

El "derecho a pertenecer"

Vale la pena retornar a nuestro punto de partida para recordar que, si bien la globalización se caracteriza más por la celeridad que la novedad de los procesos que evoca y si esta celeridad tiene su punta de lanza en el desarrollo crítico de las nuevas TIC, aun cuando "*lo global globaliza y localiza selectivamente*" la relación entre lo global y lo local responde más a una práctica de negociación que a la mera reproducción de la primera en la segunda.

Nos referimos especialmente a los intersticios que se producen en los espacios globales que permiten explicar por qué en el tiempo y espacio de la acumulación flexible, para bien o para mal, "*el círculo nunca es redondo*" (Guber, ibid). En tal sentido, aun cuando las actuales tecnologías de la información y la comunicación estén lejos de acariciar el sueño de la "comunidad global" o produzcan el "efecto horizontal" (Ferraro, ibid) que muchos desearían, el hecho de que, por ejemplo, Internet carezca de regulación abre el espacio al disenso por parte de sus usuarios, quienes no necesariamente se limitan a reproducir las reglas del juego establecido.

Por otra parte, tal como analizamos en otra oportunidad (Briones et al, 1998) cabe destacar la posibilidad que brinda el desarrollo de

redes internacionales para minorías como las aborígenes, que encuentran en estos espacios un lugar a reclamos históricamente encapsulados dentro de los estados nacionales. Concretamente, si hoy día "*ser nativo*" se dirime en arenas internacionales es porque muchos pueblos aborígenes han descubierto la conveniencia de usar redes transnacionales de apoyo mutuo y desarrollar relaciones con organismos y agencias globales. Es en este contexto que surge el "*Cuarto Mundo*" -justo cuando el fin de la Guerra Fria trae un manto de sospecha sobre viejas globalizaciones que caracterizaban al mundo en Primero, (Segundo) y Tercero- creando un nicho internacional permanente donde discutir, no solamente sus problemas sino aquellos que son compartidos con otros grupos sociales (Briones et al, ibid.).

Estas nuevas manifestaciones culturales hacen de la "cultura" cada vez más un espacio de elección conciente, justificación y -sobre todo- representación, cuyo carácter político es asumido en y desde una arena global y mediatizada donde pueblos como los Kayapo, mediante técnicas de video asumen la representación de sí mismos para mostrarla al mundo por el Discovery Chanel. En tal sentido, el video ya no es simplemente un medio para el registro de eventos sino el evento a ser registrado, una forma de mostrar que son ellos quienes controlan los medios de representación de su propia sociedad (Turner, 1996).

Es cierto que no todo es un paraíso en la nueva política de negociación mediática. De hecho, en la internacionalización de sus luchas los pueblos aborígenes se ven forzados a "ajustar sus diferencias" a los requerimientos históricamente imperantes de las construcciones occidentales del Otro. Así, el campo de negociación de las "eco-políticas amazónicas" parte de la consideración de que los principios sobre los que se basan los pueblos nativos -tanto acerca de la naturaleza como acerca de los modos de usar los recursos naturales- son compatibles con los principios conservacionistas occidentales.

A propósito de ello Conklin y Graham (1997) sostienen que el "imaginario ecológico global" se alimenta de la imagen del "buen salvaje ecológico" que presupone a los pueblos indígenas como ejemplos paradigmáticos de valores nucleares de comunidad y de convivencia armónica con la naturaleza. El interés público de las imágenes de los indios se hizo evidente en la rapidez con que las corporaciones -como por ejemplo la firma Body Shop, helados Ben and Jerry y productos farmacéuticos shamánicos- comenzaron a usar a los aborígenes de la selva tropical amazónica como símbolos positivos de marketing. Ello muestra -afirman las autoras- que las políticas simbólicas transnacionales se acomodan a metas y

definiciones indígenas de identidad, sólo en la medida que coinciden con las tendencias e intereses globales del momento. Cuando las acciones indígenas contradicen la conciencia ambientalista, vista como connatural a ellos, corren el riesgo de que sus imágenes se corrompan, diluyéndose de este modo los significados simbólicos sobre los que se basan sus apoyos internacionales.

A esta "fragilidad" de margen de maniobra que tienen los pueblos nativos en la arena global, debe sumarse el débil posicionamiento de aquellos otros grupos aborígenes que no tienen la "suerte" de habitar nichos ecológicos cargados, de un fuerte capital simbólico como la selva amazónica. Peor aún es la situación de muchas comunidades campesinas que directamente quedan fuera de los beneficios que otorga el status de autenticidad ecológica que brinda la pertenencia indígena.

Marketing o no, lo cierto es que toda política identitaria involucra representaciones proyectadas e imágenes idealizadas y homogeneizadoras que tienden a esencializar las diferencias culturales. Sin embargo, ello no debe hacernos olvidar que, en tanto se trata de prácticas culturales, inscriben al tiempo que (re)producen, (re)piensan y cuestionan el "orden global".

En tal sentido, la "fetichización" de la tecnología como la protagonista de lo que no son mas que sus utilidades nefastas, termina por desvirtuar la responsabilidad que les cabe a quienes la implementan y se benefician con sus usos, situación que (entre otras cosas) no contribuye a aclarar la responsabilidad que tienen los estados y organismos internacionales de responder por quienes, hasta el momento, solo se han perjudicado con ella. Hace ya tiempo L. Strauss (1983) decía con razón que lo que reclaman las otras culturas ante las Naciones Unidas no es que occidente les haya colonizado sino que no les dio los beneficios que ello suponía.

Democratizar Internet no es entonces -como sostiene Virilio- una imposibilidad histórica dada por supuestas condiciones intrínsecas de la tecnología, forma parte del todavía hoy pendiente desafío cultural de las innovaciones tecnológicas y de los proyectos políticos e intelectuales que tienen la doble tarea de evaluar críticamente los efectos nocivos de la ciencia y la técnica, al tiempo que contribuir a formular las políticas necesarias para su creciente democratización. Si -como dice una frase que circula por ahí- en un futuro no tan lejano no habrá ineficaces sino sencillamente ignorantes, poder "navegar" por las superautopistas de la información alzará una nueva frontera, donde solo reinarán aquellos que tendrán "el derecho a pertenecer".

Bibliografía

- Briones et al. C., *Desinflando el Globo. Otras caras de la Globalización*. En: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. Tomo XXI, Buenos Aires, 1996.
- Conferencia de Plenipotenciarios. Convention Center of Minneapolis (EE. UU.) En: *Actualidades*. Unión Internacional de Telecomunicaciones, Buenos Aires.
- Conklin, B. y Graham, L., *Un campo de negociación cambiante. Indios amazónicos y políticas ecologistas*. American Anthropologist, 97, (4): 695-710, 1995.
- Derrida, J. y Vattimo, G., *La Religión*. Seminario de Capri, La Flor, Buenos Aires, 1995.
- Ferraro, R., *El cambio tecnológico y su impacto en la formación de recursos humanos*. Centro de Documentación del Instituto Nacional de la Administración Pública (INAP), Secretaría de la Función Pública, 1998.
- Guber, R., *Comentarios a Desinflando el Globo. Otras caras de la Globalización*. En: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Tomo XXI, Buenos Aires, 1996.
- Kelly, R. L., *El espectro de la predación. La diversidad en los modos de vida cazador-recolector*. Smithsonian Institute Press, EE.UU, 1995.
- Lévi-Strauss, C., *Antropología Estructural II. Mito, Sociedad y Humanidades*. Siglo XXI, 1983.
- Maldonado, T., *Lo real y lo virtual*. Gedisa, Barcelona, 1994.
- Rada, J. F., *Los desafíos de la Globalización*. Dirección de Documentación, Instituto Nacional de la Administración Pública (INAP), Secretaría de la Función Pública, Buenos Aires, 1998.
- Ramos, A., *Comentarios a Desinflando el Globo. Otras caras de la Globalización*. En: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Tomo XXI, Buenos Aires, 1996.
- Reggini, H., *Los caminos de la palabra. De Morse a Internet*. Ed. Galápagos, Buenos Aires, 1996.
- Reggini, H., *Sarmiento y las telecomunicaciones*. Ed. Galápagos, Buenos Aires, 1997.
- Sahlins, M., *La Economía de la Edad de Piedra*. Akal, Madrid, 1983.
- Siffredi, A. y Spadafora, A. M., *De Misioneros y Etnógrafos. Equívocos, Supersticiones y Dilemas frente a la Diferencia Cultural*. En prensa de Revista de Humanidades, Departamento de Humanidades, Universidad Federal de Santa Catarina, Florianópolis, 1998.
- Spadafora, A. M., *Conflictos religiosos y étnicos. Una mirada crítica sobre los fundamentalismos*. En: Cuadernos de Marcha, N. 29, Montevideo, 1997.
- Sonntag, H. y Arenas, N., *Lo global, lo local, lo híbrido. Aproximaciones a una discusión que comienza*. Primera Reunión Regional de América Latina y el Caribe. Programa de Gestión de las Transformaciones Sociales. Comisión Nacional Argentina de Cooperación con la UNESCO, Ministerio de Cultura y Educación, Buenos Aires, 1995.
- Szvampa, M., *El dilema argentino. Civilización o barbarie*. El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1997.
- Turner, T., *Representing. Resisting. Rethinking. Historical transformations of Kayapo culture and Anthropological Consciousness*. En: *Colonial Situations. Essays on the Contextualization of Ethnographic Knowledge*. G. Stoking of Wisconsin Press, Pp. 285-313, 1991.
- Virilio, P., *Cibermundo, la política de lo peor*. Ed. Cátedra, Madrid, 1997.